



## LAS RELACIONES EE.UU.- LATINOAMÉRICA: Quién obtiene qué, dónde y cómo

James Petras

### PERSPECTIVA GENERAL

Durante algo más de década y media Washington y Wall Street han estado celebrando una nueva era en las relaciones EE.UU.-Latinoamérica. Nos referimos a que la combinación de mercados libres y elecciones libres ha transformado la región en un “mercado emergente” donde los inversores y hombres de negocios pueden tener éxito, los ciudadanos ejercer elecciones libres, y la prosperidad ser compartida.

Una vez que han eliminado los desafíos revolucionarios en América Central y se han asegurado regímenes políticos favorables a las políticas de libre mercado, Washington y Wall Street han procedido a cosechar los beneficios de esa nueva era sin gran publicidad ni mucha preocupación por las consecuencias para la región. En una palabra, mientras Latinoamérica funcione para los banqueros y grandes empresas de EE.UU. como una máquina estable de hacer dinero, sin que se vean perturbados por crisis graves o protestas populares, estará relegada a las últimas páginas de la sección de noticias. En la sección de economía de los periódicos, las grandes ofertas y las subastas de empresas públicas rentables (privatizaciones) atraen alguna atención, de la misma forma que lo hacen las altas tasas de rentabilidad de las inversiones empresariales, la clasificación de los bonos, los tipos de interés, los niveles de reservas exteriores y las fluctuaciones de los mercados de cambio. De hecho, la idea de Latinoamérica como un “mercado emergente” ha excluido de la discusión a la gran mayoría de la gente trabajadora, así como las relaciones políticas, culturales y sociales que definen la región.

Las relaciones políticas y económicas entre Latinoamérica y EE.UU. se han desarrollado de forma cíclica. Los comienzos del siglo XX, aproximadamente desde la Guerra Hispano Cubana Norteamericana a la Gran Depresión, fueron testigo de un periodo de intervenciones militares directas por parte de EE.UU., del auge de la Diplomacia del Dólar y de la posterior penetración a gran escala de las economías latinoamericanas por banqueros e inversores. La ideología del libre comercio dominó las relaciones EE.UU.-Latinoamérica, a pesar de ello fue aplicada selectivamente, principalmente en interés del acceso estadounidense a los mercados latinoamericanos y con mayores restricciones cuando se trataba de la entrada de Latinoamérica en los mercados de EE.UU. (v.g. cuotas de azúcar, etc.). Con la Gran Depresión el “sistema de libre mercado” colapsó, muchos inversores, banqueros y empresarios estadounidenses desinvertieron, algunos fueron a la bancarrota y otros encontraron pocos compradores para vender sus mercancías. En Latinoamérica mediante circunstancias planeadas y/o forzadas, los gobiernos comenzaron a desarrollar la industria nacional por la vía de las inversiones públicas y las barreras arancelarias proteccionistas; las subvenciones favorecieron a los productores locales en los mercados nacionales e hicieron accesible la alimentación básica al conjunto de la población. La regulación pública de los beneficios de las grandes empresas y las remesas del extranjero mantuvieron los ingresos por divisas que fueron asignados a las industrias y actividades ligadas más estrechamente a la producción local de bienes industriales. En suma, la economía política nacional-populista floreció durante casi medio siglo. Wall Street se tuvo que adaptar a este modelo en la medida que Washington no podía cambiarlo, y volver a la anterior bonanza del periodo de *laissez-faire*.



Con el comienzo de la Guerra Fría, Washington utilizó la amenaza soviética como vehículo para restablecer el modelo de Libre Comercio en América Central y el Caribe, y para presionar al resto de Latinoamérica a revertir sus compromisos con objeto de liberalizar sus economías. En el extremo opuesto del espectro político, los revolucionarios latinoamericanos pretendían radicalizar los regímenes nacional-populistas transformándolos al socialismo. Los revolucionarios tuvieron éxito en el caso de Cuba, mientras Washington fue capaz de arrebatar a la fuerza el control del resto de Latinoamérica por la vía de una serie de dictadores militares y regímenes civiles autoritarios. Ayudado por la crisis de la deuda, Washington pudo obligar a los regímenes latinoamericanos a aceptar la vuelta a la economía del *laissez-faire*.

Desde principios de los 80 hasta finales del siglo, una nueva regla de juego fue introducida en Latinoamérica, la misma ha sido denominada Libre Mercado o “régimen neo-liberal”. Los componentes esenciales del sistema de libre mercado incluyen la eliminación de todas las barreras al comercio, el fin de todos los subsidios estatales a la industria y a los consumidores de baja renta, la privatización de toda empresa de propiedad pública, bruscas reducciones en los gastos sociales del estado, libre convertibilidad de monedas, ilimitada remisión de beneficios, ilimitada explotación de aquellos recursos naturales escasos en el país de origen de los inversores, desregulación de las inversiones y una nueva reglamentación del trabajo que aumenta el poder de los gerentes empresariales dándoles facilidades para contratar y despedir trabajadores.

Este “paquete de medidas”, llamado por sus beneficiarios “reformas económicas”, ha tenido un importante impacto en los intereses de EE.UU. Ni durante los años 20 y finales del siglo XIX ha disfrutado Wall Street de un tratamiento tan favorable. Las “reformas” han suministrado más oportunidades a más empresas estadounidenses, para que inviertan en los más diversos sectores de la economía latinoamericana y para maximizar su beneficio, que en ninguna otra época en la historia de las relaciones EE.UU.-Latinoamérica. Al mismo tiempo, las altas tasas de beneficios para Wall Street han venido acompañadas con el florecimiento de una pequeña élite de multimillonarios latinoamericanos que también han participado de esos beneficios sin precedentes. Por otra parte, las desigualdades sociales, la pobreza, la marginalidad y explotación de la mayoría de la población han alcanzado niveles sin precedentes. Este “nuevo sistema” (que alberga muchas semejanzas con la vuelta al modelo explotador de principios de siglo) ha sido construido mediante la intervención consciente de los *policy makers*<sup>1</sup> de Washington y Latinoamérica, en estrecha colaboración con las élites de las instituciones financieras y económicas, y de los grandes complejos industriales y comerciales de EE.UU. y Latinoamérica.

Los artífices o arquitectos del sistema de libre mercado han creado oportunidades históricas para los inversionistas de Wall Street y formulado estrategias económicas que maximizan sus ventajas, particularmente en el periodo posterior a la Guerra Fría. Detrás de la “apertura de mercados” y la disminución de las barreras comerciales se encuentran dos importantes tendencias, una “interna” y otra externa.

En Latinoamérica ha emergido una nueva clase de capitalistas transnacionales, éstos tienen grandes inversiones en compañías del exterior, están involucrados en “*joint ventures*”<sup>2</sup> con empresas multinacionales, son altamente dependientes de la financiación externa y tienen sustanciales cuentas en la banca *off-shore*<sup>3</sup>. Los capitalistas

<sup>1</sup> Diseñadores de la política económica (N.T.).

<sup>2</sup> Sociedades conjuntas con acuerdos de riesgos compartidos temporalmente (N.T.)

<sup>3</sup> Banca no sometida a regulaciones nacionales (N.T.)



transnacionales han amasado una inmensa fortuna por distintas vías, frecuentemente combinándolas:

- Algunos acumularon inicialmente pequeñas fortunas por la vía de los contratos estatales durante la anterior etapa nacionalista, aprovechando luego ese dinero para comprar empresas públicas a “precios políticos” (es decir, precios determinados en función de las conexiones políticas), durante el furor privatizador originado con ocasión de la llegada de los neoliberales.
- Otros capitalistas transnacionales son el producto, casi exclusivamente, de las transferencias de dinero a gran escala, derivadas de las vinculaciones con el estado y la corrupción existente (no ocasionalmente vinculada a las drogas); posteriormente el dinero fue “blanqueado” mediante amplias inversiones en empresas legítimas vinculadas, a menudo, a inversores extranjeros.
- Otros siguieron el camino de la acumulación de capital y luego “vendieron” a empresas extranjeras continuando como accionistas minoritarios.
- Finalmente, una minoría fue capaz de combinar la acumulación normal, con la ventaja de sobornar a las empresas públicas, las favorables asociaciones con inversores del extranjero, los préstamos subsidiados y los mercados monopolizados para acumular inmensas fortunas que les facilitan alcanzar el estatus de transnacional.

Con posiciones dominantes en una diversidad de sectores económicos estratégicos y fuertes relaciones con el aparato de estado, los capitalistas transnacionales latinoamericanos están deseosos de entrar en los mercados del exterior y construir alianzas. Tienen acceso al capital extranjero, y son poderosos y exitosos defensores de las políticas neoliberales, además de ser decisivamente influyentes en la elección de Presidentes y legisladores.

La importancia de los capitalistas transnacionales latinoamericanos en configurar la estructura política de la que emergió el “Libre Mercado” no puede ser subestimada. Ellos constituyen el vínculo vital entre el eje Washington-Wall Street, la penetración en los mercados latinoamericanos y el estado, y la explotación del trabajo y los recursos. Los capitalistas transnacionales latinoamericanos y sus amaestrados economistas estadounidenses (y británicos) son artífices importantes de las políticas de Libre Mercado, a la vez que importantes beneficiarios económicos de las mismas.

El segundo factor que facilita el surgimiento del Libre Mercado es la creciente capacidad de EE.UU. para intervenir en el periodo posterior a la Guerra Fría. La eliminación del bloque chino-soviético ha dado una oportunidad sin precedentes a Washington: la capacidad de intervenir militarmente en cualquier parte del mundo sin temor o miedo a represalias; en otras palabras, la impunidad imperial ha sustituido el equilibrio del terror. Al contrario de lo que opinan muchos escritores que describen el periodo posterior a la Guerra Fría como un tiempo de paz, cooperación y prosperidad, el mundo político-militar unipolar suministra a Washington una formidable oportunidad para modelar la agenda político económica de los regímenes renuentes que no reconocen esas verdades del “Libre Mercado”, al parecer, evidentes por sí mismas. El poder real y potencial para intervenir militar, económica o secretamente, ha sido un importante resorte para imponer el régimen de Libre Mercado y la ideología neoliberal de los inversores privados, especuladores económicos e instituciones económicas internacionales.

Las intervenciones militares periódicas de Washington en África, Europa Central, América Central y Sudeste asiático han servido para recordar a los regímenes que aún cuestionan el Libre Mercado, de que ellos también pueden convertirse en objetivos. A



pesar de que cada una de esas intervenciones fue justificada con una amplia variedad de argumentos, la justificación genérica fue “la necesidad de mantener el liderazgo USA” y/o “retener la credibilidad política global”. En otras palabras, enviar un mensaje militar a los distintos regímenes de que deberían admitir y someterse a la agenda de Libre Mercado de Washington /Wall Street.

En búsqueda de los objetivos del Libre Mercado, Washington actuó de común acuerdo con sus representantes económicos en las Instituciones Financieras Internacionales (IFI: Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional, principalmente) y con las poderosas instituciones financieras privadas de Wall Street, poniendo de moda lo que más tarde fue denominado “el consenso de Washington” o reinado del régimen de Libre Mercado en Latinoamérica.

Todas y cada una de las políticas que surgen de las IFI son previamente discutidas y aprobadas por el Departamento del Tesoro de EE.UU., de común acuerdo con las necesidades e intereses financieros y empresariales privados. La influencia combinada de Wall Street y Washington ha sido un instrumento para dismantelar las instituciones de asistencia social y las empresas públicas de Latinoamérica, la legislación progresista sobre el trabajo y los subsidios estatales para la alimentación básica de los pobres. Una vez que Washington se ha asegurado la desregulación de los mercados financieros de Latinoamérica permitiendo el libre flujo de mercancías, capitales, beneficios, dividendos y pagos de intereses, la influencia de Wall Street empieza a crecer. Para frenar las salidas de los flujos de capital y retener la afluencia de fondos, los regímenes latinoamericanos fueron obligados a subir los tipos de interés y someterse a condiciones más onerosas.

Los artífices del Libre Mercado fueron en gran medida ayudados en su cruzada por la pujanza de una secuencia de acontecimientos políticos que acentuaron su influencia. Los golpes militares desde mediados de los 60 a mediados de los 70 en Brasil, Indonesia, Chile, Argentina, Bolivia, Uruguay y otros países, fueron importantes puntos de apoyo político para los defensores del libre mercado. En todos los casos, Washington estuvo activamente implicado en promover y/o organizar y financiar el ejército. Con posterioridad a los golpes de estado y con grados diferentes de “liberalización”, los nuevos regímenes dictatoriales transformaron sus economías adaptándose a la agenda de Libre Mercado de Washington-Wall Street mientras fomentaban el ascenso de la nueva clase de capitalistas transnacionales.

La llamada “crisis de la deuda” permitió a los arquitectos del Libre Mercado imponer su agenda neoliberal. Aunque mucho se dijo y criticó sobre la dificultad creada por los pagos de la deuda (en la mayoría de los casos justificadamente), lo estratégicamente más devastador fueron las condiciones impuestas a cambio de la “renegociación” o “reestructuración” de la misma. Para los artífices del Libre Mercado la deuda exterior se convirtió en el instrumento de un fin más ambicioso. Aunque la recaudación de los pagos por intereses fue importante, otros objetivos más amplios y más lucrativos les resultaban de mayor interés: la captación de los sectores financieros locales, la compra de empresas estratégicas del sector público (telecomunicaciones, petróleo, etc.), la penetración en todos los sectores de la economía. Las negociaciones de la deuda resultaron en la imposición de una serie de condiciones que condujeron de hecho a la implementación de la agenda del Libre Mercado por parte de los regímenes locales.

## **LAS NUEVAS ESTRUCTURAS, POLÍTICAS Y PRÁCTICAS**

El sistema de Libre Mercado en Latinoamérica condujo a largo plazo a una transformación del comercio a gran escala, a la aplicación de determinadas políticas



económicas y financieras, y al surgimiento de un nuevo tipo de “intervencionismo estatal” con su propio sistema regulatorio.

Los recursos claves fueron asignados a los inversores extranjeros más atractivos económicamente, no hacia el fomento del ahorro nacional o la expansión de los mercados nacionales. Los sistemas de comunicaciones, reglamentaciones del trabajo y leyes sobre la inversión fueron todos dirigidos a incentivar la adquisición de la economía local por parte de las empresas extranjeras. La política comercial, al favorecer a los exportadores extranjeros, arruinó a los productores locales pequeños y medianos e incentivó el crecimiento de capitalistas dedicados al comercio internacional tanto en su vertiente exportadora como importadora. La liberalización financiera provocó el boom del capital especulativo (tanto extranjero como nacional) a costa de la inversión productiva y la financiación de la investigación y el desarrollo.

De importancia crucial para estos cambios económicos ha sido la transformación del estado, el cual (al contrario de su ideología de Libre Mercado) reorientó su intervencionismo y reestructuró sus regulaciones fomentando el beneficio de los inversores extranjeros y sus homólogos transnacionales. La introducción del capitalismo de libre mercado estuvo llena de problemas desde su nacimiento. Primero, las medidas orientadas hacia la desregulación y privatización fueron precedidas por lo que se denominó “terapias de choque” o, dicho de otro modo, escandalosos aumentos del precio de los alimentos básicos, servicios públicos, gasolinás, etc. Esto fue acompañado de una congelación de salarios y recortes masivos en los gastos públicos de los programas sociales, inversiones públicas y salarios de los funcionarios. El estado intervino así para reorientar el gasto público a favor de las empresas en lugar de a los grupos asalariados, mientras que colocaba al movimiento obrero a la defensiva.

La intervención estatal en la sociedad civil, particularmente contra las clases populares, siguió con objeto de reducir la oposición a las citadas terapias de choque. La intervención del estado en la economía continuó: la privatización consistió esencialmente en la transferencia de empresas públicas del estado a monopolios privados a precios, en muchos casos, determinados por las vinculaciones políticas entre los inversores privados y los funcionarios estatales. El estado volvió a socializar la banca privada con deuda y transfirió los bancos “saneados” a propietarios privados alineados con el régimen. Posteriormente el estado intervino financiando grandes empresas privadas al borde de la bancarrota y transfiriendo fondos públicos a los bolsillos privados.

El intervencionismo definió así el nuevo estado de libre mercado, a pesar de que era un tipo bastante distinto de la variante nacional populista previa.

Aunque los defensores del Libre Mercado hablaban de desregulación, su Estado, de hecho, instituyó un nuevo conjunto de regulaciones, conducido por una nueva configuración de reguladores. El sistema regulador del Libre Mercado fue básicamente formado por un nuevo conjunto de actores socioeconómicos (capitalistas transnacionales, directivos de las IFI, etc.). Este sistema estableció las normas para controlar los flujos de capital, las relaciones del mercado con el estado y los sectores designados para la privatización.

En suma, la ascensión del sistema de Libre Mercado fue acompañada por la transformación del estado pero no exactamente en los términos descritos por sus ideólogos. El nuevo estado del libre mercado fue aún más activista, más profundamente atrapado en contradicciones al elaborar las regulaciones y más propenso a intervenir en la sociedad civil, que el anterior estado nacional populista. La principal diferencia eran las poderosas relaciones entre el Estado de Libre Mercado y Wall Street-Washington, el



mayor grado de control del capital transnacional latinoamericano y el propósito o compromiso más unilateral de reconcentrar las ganancias en los de arriba y el exterior.

Las nuevas políticas comerciales y de inversión, personificadas en el sistema de Libre Comercio, y la nueva estructura del estado han tenido gran alcance y han generado un profundo impacto en las actuaciones de EE.UU. en Latinoamérica. Concretamente han generado grandes ingresos a los bancos, grandes empresas y fondos de inversión estadounidenses, así como también han suministrado importantes superávits a las, de otra manera, desequilibradas cuentas exteriores de EE.UU.

A gran escala, las multinacionales estadounidenses y las empresas financieras de Wall Street han sido los principales beneficiarios del sistema de Libre Mercado que Washington ha contribuido a insertar en la zona. Los beneficios han ascendido a extremos sin precedentes, los pagos de intereses han sido recaudados muchas veces por encima de la deuda original, los ingresos por patentes, los contratos por licencias y sobre productos culturales han alcanzado niveles récords. Enormes flujos de inversiones especulativas o de cartera han festejado los exorbitantes tipos de interés y los artificialmente inflados precios de las acciones.

Nunca en la historia de las relaciones EE.UU.-Latinoamérica los inversores estadounidenses han hecho tanto dinero en tan corto espacio de tiempo, y desde una variedad tal de fuentes, como ha ocurrido durante los últimos 20 años. El baile de billones ha beneficiado a los capitalistas transnacionales de Latinoamérica convirtiendo a los multimillonarios en billonarios y a éstos en propietarios de inmensos imperios que abarcan el continente. Sin embargo, las mismas estructuras, que tan elegantemente han beneficiado a las élites financieras y empresariales estadounidenses, tienen dos consecuencias negativas.

Primero, la más importante a saber, la estructura básica, que facilita las entradas de capital, es precisamente la misma que provoca la fuga de capitales. Además, y subrayando lo anterior, se trata de economías y sociedades con poca o ninguna capacidad visible de producir innovaciones o nuevos productos, o de aumentar el consumo nacional. En una palabra, hay un abismo irreconciliable entre la afluencia de capital y la capacidad de la economía de expandirse durante mucho tiempo suministrando ingresos o ganancias a largo plazo. En consecuencia es de esperar que tarde o temprano se produzca una crisis interna.

En segundo lugar, el método fundamental de reestructurar la economía para acomodarla a las demandas de las clases dominantes ha polarizado la sociedad entre una mayoría que ha venido disminuyendo gravemente sus estándares de vida, y una minoría super-rica que comparte con la élite estadounidense los beneficios, préstamos y subsidios. El resultado a largo plazo será el surgimiento de conflictos sociales y políticos a gran escala. Igualmente importante es la reducción del mercado nacional y el constante drenaje exterior de recursos financieros, lo que significa que ningún paquete de estímulo puede ponerse fácilmente en marcha para compensar el colapso de los mercados exteriores. Igualmente devastador es, probablemente, la peculiar estrechez de quienes constituyen, controlan y configuran política y socioeconómicamente el estado del Libre Mercado, al usar su poder político para financiarse a sí mismos en las crisis y trasladar los costes a las clases asalariadas, exacerbando así los conflictos de clase mientras imposibilitan cualquier “reforma” significativa que tenga lugar. Finalmente, dada la naturaleza “abierto” del modelo de Libre Mercado y el papel integral unitario que las inversiones especulativas juegan en el mantenimiento del mismo, los primeros signos de crisis interna provocarán fugas de capital a gran escala.



## LA LÓGICA DEL ESTUDIO: QUIÉNES GANAN Y QUIÉNES PIERDEN (1989-1999)

Con objeto de comprender el alcance y sentido de los beneficios estadounidenses durante los 20 años de bonanza en Latinoamérica, nos proponemos analizar las relaciones económicas específicas entre EE.UU. y Latinoamérica; es decir, las relaciones comerciales, las inversiones, préstamos y royalties. Los beneficios empresariales estadounidenses han sido multisectoriales, prolongando y aumentando las tasas de ganancia de los periodos previos. Los beneficios han sido tanto específicamente sectoriales como sistémicos o internos, en el sentido de que no sólo los bancos mejoraron sus márgenes de beneficio, sino que también la balanza de pagos de la economía estadounidense fue ampliamente mejorada. Lo que comenzó como una “crisis” en las relaciones financieras EE.UU.-Latinoamérica (la llamada crisis de la deuda de 1981-82) fue convertida literalmente en una oportunidad de oro para que los intereses de la banca y empresas estadounidenses apalancaran y accedieran, de una forma sin precedentes, a los mercados latinoamericanos, a sus recursos, bancos (y ahorros locales) y al trabajo, bajo condiciones enormemente ventajosas; es decir, con costes laborales reducidos (gracias a las devaluaciones), desregulaciones comerciales y monetarias, y tipos impositivos favorables.

Los beneficios sectoriales y las ventajas estratégicas de la posición económica global que gozaba EE.UU. reforzó el gran interés en sostener las agendas “neoliberales” en Latinoamérica. Esto requirió que Washington apoyara a las élites latinoamericanas frente a la insatisfacción popular general que provocaban los resultados socioeconómicos de las políticas de Libre Mercado.

La política económica estadounidense hacia Latinoamérica es definida, casi exclusivamente, por los intereses de las 500 empresas que aparecen en la revista “*Forbes*”, los mayores bancos y empresas multinacionales estadounidenses que suministran la enjundia y el contenido a la, de otra manera, vacua retórica de la “globalización”.

La lógica de la expansión financiera y empresarial estadounidense, es decir, la conquista y consolidación de cuotas del mercado latinoamericano, conduce o lleva a inversiones crecientes en “mercados de derivados” y a la enorme expansión de capital especulativo en la economía financiera. Así, mientras los préstamos e inversiones en Latinoamérica crecen, el ámbito y profundidad del mercado real (consumidores y productores) se reducen. Los primeros inversores obtienen altas ganancias gracias a la entrada de los siguientes inversores que inflan artificialmente el valor de las acciones y bonos por encima de su capacidad de ganancia real. En cuanto los principios o fundamentos económicos vayan mal, el boom artificial se debilitará ante el primer signo de que las altas tasas de ganancias de los primeros inversores se estuvieran agotando. El resultado será el comienzo de una precipitada caída en los beneficios, intereses, dividendos y ganancias especulativas de los inversores privados. Esto no será meramente un fenómeno de “boom y ruina”, sino esencialmente el colapso de un “esquema tipo pirámide” que, sin embargo, arrastra con él a las “inversiones productivas normales” que se hayan producido en la industria, minas, comercio al por menor, etc.

La crisis de los 90 ha afectado la tasa de beneficio de las 500 empresas *Forbes* y a sus ingresos agregados, acarreando distintas consecuencias negativas para las cuentas exteriores de EE.UU., ya cada vez más fuera de equilibrio en Asia.

Lo que la mayoría de los expertos financieros y economistas convencionales de prestigiosas Universidades describen como “fundamentos o bases saneadas”



(“economías reformadas”, libre convertibilidad, privatización de la empresa pública, eliminación de los controles de cambio, etc.) que facilitan la entrada a gran escala del capital extranjero para financiar el crecimiento, fueron precisamente las condiciones que minaron y desarticularon las economías latinoamericanas, llevándolas a una crisis más profunda. Las inversiones de cartera a gran escala expandieron las reservas latinoamericanas pero aceleraron el colapso: la entrada fácil lleva a la salida rápida.

La lógica del capitalismo de libre mercado es una sociedad depauperada, como condición para las entradas de capital exterior a gran escala, y un colapso interno o sistémico ante las salidas de capital. En el trayecto de la parábola del libre mercado surgen distintos ganadores y perdedores. Los ganadores tienen estrechas relaciones con los principales arquitectos del modelo de Libre Mercado (incluso aunque al final los ganadores acaben devorando a sus propios hijos).

La mejor forma de comprender las implicaciones económicas y políticas de EE.UU. en Latinoamérica es desde la perspectiva de saber quién gana y quién pierde. Los principales beneficiarios, desde el lado estadounidense, han sido los “cuatro jinetes”: exportadores, inversores (fabricantes y otros), banqueros (y especuladores financieros) y rentistas (recaudadores de royalties). Cada uno de estos cuatro jinetes operan en mercados específicos y son capaces de captar los altos beneficios que generan las actividades a través de las ventajas que proporciona el crecimiento de los sistemas de mercado inducidos políticamente.

### **Comercio**

Para los exportadores estadounidenses, Latinoamérica es una región clave en el mercado mundial. Por encima del 20% de las exportaciones de las 80 empresas más importantes de EE.UU. tienen como destino Latinoamérica. Dentro de Latinoamérica, Brasil, Méjico y Argentina son los principales mercados de los exportadores estadounidenses, representando, en conjunto, el 60% del comercio de EE.UU. con Latinoamérica. Paralelamente al comercio empresarial desde EE.UU., las principales empresas obtienen importantes beneficios de lo que se describe como “comercio regional”, concretamente con la asociación de comercio MERCOSUR. Las ganancias del comercio desde EE.UU. a Latinoamérica, así como del comercio intrarregional, representan una parte importante de los ingresos empresariales de las principales multinacionales.

Aunque los exportadores estadounidenses se benefician, también lo hacen los importadores de EE.UU., concretamente los importadores de materias primas estratégicas. Por la vía del apalancamiento de la deuda y las privatizaciones indiscriminadas, las empresas de EE.UU. han adquirido algunos de los ingresos más rentables en la producción minera, petróleo, telecomunicaciones y compañías internacionales de alimentación. El resultado neto es que los importadores son capaces de reducir los costes de producción y aumentar los beneficios por la venta final de los productos.

Bajo el sistema de Libre Mercado, la industria manufacturera exportadora de EE.UU. ha sido capaz de desplazar y/o comprar la industria autóctona, aumentando su participación en el mercado Latinoamericano en áreas de alto crecimiento (tales como computadoras, telefonía celular, etc.). Asimismo, las empresas agroalimentarias han llevado a la quiebra a los productores locales de cereales (trigo, maíz y arroz) en Méjico, mientras que por otra parte captan o acaparan los inputs (maquinaria agrícola, fertilizantes, etc.) y elaboran los alimentos agrícolas. Resultados similares se han producido en el mercado de los “bienes culturales de masas”: el libre mercado ha dado





lugar a la proliferación e inundación de películas, tiendas de distribución de vídeos, CDs, cassetes y espectáculos de entretenimiento de los EE.UU.

El resultado es que EE.UU. tiene una Balanza de Pagos espectacularmente favorable con Latinoamérica. Si comparamos y analizamos el superávit comercial de EE.UU. en Latinoamérica con sus déficit comerciales con Asia y Alemania, podemos comprender las enormes ventajas que el sistema de libre comercio le ha generado en una región, Latinoamérica, donde las empresas estadounidenses gozan de ventajas competitivas y de instituciones políticas favorables a sus intereses. Sin esas balanzas comerciales favorables con Latinoamérica las cuentas exteriores de EE.UU. estarían desequilibradas, lo que provocaría graves presiones sobre el dólar y sobre la capacidad de EE.UU. para financiar su déficit. La apertura comercial que existe en Latinoamérica, y la capacidad de las empresas estadounidenses para explotarla son, con diferencia, mayor que en cualquier otro lugar del mundo, desde luego mayor que en Asia.

### **Préstamos**

Los beneficios de las bancos de EE.UU. provienen de distintas fuentes: pagos de intereses de los préstamos, pagos de intereses de los pagos de intereses, la penetración del sistema financiero y bancario Latinoamericano (y la captación de sus ahorros locales), la adquisición total o parcial de las empresas locales a cambio de los pagos de deuda denominada en dólares, y la facilidad para llevar a cabo “fugas de capitales” y el “blanqueo” de billones de dólares mediante los ingresos ilícitos u “oscuros” de las influyentes élites políticas y económicas.

En las dos décadas que van desde principios de los 70 a los 90, los bancos de EE.UU. estuvieron capitalizando sus operaciones a tipos de interés variables. El empeoramiento en las condiciones de devolución de los créditos que habían concedido y el papel jugado por las acomodaticias élites políticas latinoamericanas, defensoras del libre mercado, dieron lugar a que se recaudaran pagos de intereses por encima de la media, de forma que las devoluciones acumuladas excedieron con diferencia la deuda original en que se había incurrido en los 70.

Las renegociaciones de la deuda fueron cruciales para apalancar a las economías latinoamericanas en el Libre Mercado sirviendo a los intereses de los capitalistas transnacionales latinoamericanos y estadounidenses que deseaban la libre convertibilidad. De camino, esto último animaba el crecimiento masivo de la inversión en cartera, interesada en los rápidos ingresos y la fácil convertibilidad a dólares. Los principales grupos bancarios y financieros fueron capaces de acumular valiosos activos por debajo de los precios de mercado mediante *swaps* de deuda<sup>4</sup>, diversificando así sus holdings y multiplicando las fuentes de sus lucrativas remuneraciones.

El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial suministraron oficialmente la financiación que permitió a los bancos de EE.UU. recuperar los préstamos al suministrar a los regímenes latinoamericanos fondos para satisfacer el pago de las deudas privadas. Así, por ambos lados (accedor y prestamista) los fondos públicos asumieron los costes al “socializar” los malos préstamos, aunque facilitando suculentos beneficios.

La adquisición parcial de los bancos latinoamericanos endeudados y la constante necesidad de los regímenes latinoamericanos de dar confianza a la inversión por la vía del mantenimiento de altos niveles de reservas exteriores (en dólares) suministraron a

---

<sup>4</sup> Transacciones u operaciones que comprenden al mismo tiempo un contrato al contado y un contrato a plazo por el que se vende un determinado activo contra otro (v.g., dólares contra euros, deuda denominada en una divisa contra deuda denominada en otra,...) con un acuerdo simultáneo de recompra del primero en una fecha futura preestablecida.(N.T.)



los bancos e instituciones económicas extranjeras la oportunidad de invertir en bonos gubernamentales a altos tipos de interés, otro lucrativo negocio desde el que obtener beneficios.

La inestabilidad y volatilidad de las inversiones de cartera a corto plazo inherentes a su dependencia de la flotación libre del tipo de cambio, la falta de crecimiento en la economía real, y los altos niveles de quiebra en las economías locales auspiciaron la fuga de capitales, parte de la cual fue, de hecho, una transferencia de capital desde Latinoamérica a EE.UU. Los inversores latinoamericanos compraron bonos y acciones, y depositaron sus ahorros en cuentas bancarias estadounidenses, todo lo cual beneficiaría a los sectores financieros públicos y privados de EE.UU.

La volatilidad y las salidas de capital también obligaron a los regímenes de Libre Mercado Latinoamericanos a subir los tipos de interés para hacer atractivos los bonos del Estado a los inversores extranjeros. Los inversores, de camino, demandaron y recibieron instrumentos denominados en dólares para cubrirse ante las súbitas devaluaciones de la moneda local.

Lo que aparecía como especulaciones financieras de “alto riesgo”, sin embargo, no eran a menudo tales. Por ejemplo, el dinero de los contribuyentes estadounidenses fue usado por Washington para financiar a los especuladores de Wall Street que habían perdido varios billones de dólares con el “crash” mejicano de 1994. El sistema de Libre Mercado en EE.UU. y Latinoamérica requirió un estado “activista” para recuperar las inversiones privadas arbitrarias y poco fundadas, revelando así el poder del capital financiero tanto en EE.UU. como en Latinoamérica. Al minimizar las pérdidas mediante la financiación o monetización de las mismas por el gobierno, y maximizar las ganancias por la vía del fomento gubernamental de las políticas de Libre Mercado, incluyendo el apalancamiento de los *swaps*, las instituciones financieras y bancarias estadounidenses han sido los grandes ganadores en Latinoamérica, así como serían los grandes perdedores si se produjera el colapso del sistema de Libre Mercado.

### ***Inversión***

Los inversores comerciales, mineros y de la industria de servicios estadounidenses también se han beneficiado a partir de la década del “baile de billones”.

A la primera oportunidad el sistema de Libre Mercado ha estado en vanguardia bajando los costes laborales vía reducción real de los salarios mínimos, debilitando gravemente la legislación laboral que afecta a la higiene, salud y seguridad en el trabajo, socavando el poder de negociación de los sindicatos por la vía de la represión estatal y la cooptación de sindicalistas corruptos, y aumentando el desempleo y subempleo para exacerbar las presiones a la baja en los salarios de los trabajadores empleados. Junto a costes del trabajo más bajos, los inversores estadounidenses se han beneficiado de las devaluaciones comprando a precios de saldo aquellas empresas locales con problemas, a menudo mediante pagos a políticos profesionales y dóciles consejeros económicos, adiestrados en el libre mercado de EE.UU.

La ausencia de impuestos, la desregulación de los controles sobre las propiedades extranjeras y las remesas de beneficios, la libre convertibilidad y eliminación de las restricciones a las propiedades extranjeras han permitido a las multinacionales extranjeras, con sus inmensos recursos, expandir la obtención de beneficios a nuevos sectores económicos, incluyendo tiendas de alimentos al por menor, inmobiliarias, comercio al por menor, petróleo y otros minerales estratégicos.

El resultado ha sido altas tasas de ingresos no sólo en las inversiones directas, sino ganancias inesperadas, a través de la adquisición de empresas públicas rentables mediante la privatización de las mismas. Antes de la privatización, los sistemas de Libre



Mercado Latinoamericano asumieron la carga de los trabajadores despedidos absorbiendo las deudas y desregulando los precios o tarifas (concretamente, la de los servicios públicos), así garantizaban a los nuevos propietarios multinacionales una alta tasa de ganancia. En algunos casos, las adquisiciones de las empresas han estado basadas en la conversión de sus deudas en inversiones, de este modo ningún nuevo capital (o títulos valores) entra en el precio de compra. El sistema de libre mercado puede obtener una fuerte inyección de fondos de la venta, pero pierde beneficios a largo plazo, y los productores y consumidores pagan precios más altos por los bienes y servicios, mientras las multinacionales aumentan sus remesas de beneficios o financian nuevas inversiones en nuevos sectores de la economía. La privatización no suministra normalmente nueva tecnología, investigación o puestos de trabajo, como, en gran medida, ocurre cuando se producen cambios en la propiedad. La privatización conduce a la reasignación de los beneficios, con mayores cantidades saliendo al exterior y hacia arriba, introduciendo de esa manera una mayor presión en la balanza de pagos y en las reservas exteriores, especialmente por aquellas empresas que producen mayoritariamente para el mercado nacional.

Si las negociaciones de la deuda, los *swaps* y las condiciones establecidas aceleraron la adquisición de recursos y empresas latinoamericanas por las multinacionales de EE.UU., la liberalización de los movimientos de capital que acompañó el proceso, y la desregulación del sistema financiero abrieron la puerta al crecimiento masivo de la especulación (sobre las divisas, acciones, derivados, bonos basura, etc.), otra fuente de volatilidad y drenaje de riqueza hacia los bolsillos de los grandes fondos de inversión de Wall Street. El posterior colapso de la especulación de valores era inevitable dada la muy estrecha base de la economía real, la reducción del mercado consumidor nacional y las expectativas inversoras grandemente infladas, basadas en la percepción de que “otras y posteriores inversiones” continuarían inyectando dinero en la ya saturada “economía de papel”.

El sistema de Libre Mercado mantuvo la afluencia de capitales mediante divisas altamente sobrevaloradas y tipos de interés exorbitantes que consumieron la inversión local, y llevaron al estancamiento, la recesión y el desempleo masivo. Cuando el sentido de la realidad penetró finalmente incluso el denso humo ideológico de la clase dirigente, y la economía real mostró signos de colapso, los inversores extranjeros huyeron en masa socavando las reservas exteriores y sacando las cuentas exteriores de su equilibrio. Los tipos de interés artificialmente altos y las monedas locales sobrevaloradas, que previamente habían dañado gravemente a los exportadores, les obligaron a desplazar los recursos a cuentas denominadas en dólares; la economía especulativa y la compra de bonos a corto plazo, retroalimentaron así la economía especulativa. El colapso de los valores y préstamos que no se devolvieron a tiempo al sistema financiero fueron, así, los detonantes de un colapso que se originó por los “fundamentos” o “principios” de la economía de libre mercado: los incentivos diseñados para atraer inversores extranjeros, las estructuras que transformaron la toma de decisiones empresariales en una clase de bomba de crecientes inversiones improductivas, y la acumulación basada en el exterior.

### ***Royalties***

Una de las fuentes más grandes y más rápidas de extracción de beneficios y de enriquecimiento de las empresas de EE.UU. en Latinoamérica son los acuerdos sobre royalties y licencias de patentes. Los emergentes billonarios y multimillonarios de Latinoamérica que se han “asociado” con las multinacionales de EE.UU. prefieren alquilar las licencias y tecnologías más que hacer inversiones, a gran escala y a largo plazo, en investigación y desarrollo. Muchas grandes empresas estadounidenses prefieren, en muchos casos, alquilar tecnologías y patentes por un porcentaje de ventas



garantizado, evitando los conflictos nacionalistas y laborales, así como los problemas de comercialización. Así, sin añadir un solo dólar de inversión, software, biotecnología y productos farmacéuticos, películas, vídeos, Cds,..., circulan a través de las empresas latinoamericanas que pagan un perpetuo royalty a las empresas de EE.UU.

Los pagos por royalties son una parte crecientemente importante del total de ingresos acumulados y transferidos a EE.UU. Y nuevas áreas están siendo añadidas, concretamente en la ambigua y poco definida área de la “propiedad intelectual”. De hecho, productos medicinales y plantas que siempre han sido usados por la gente en Latinoamérica están siendo “patentadas” por las multinacionales, prohibiendo así su producción y uso por sus originales usuarios. Sucursales de gigantescas empresas agroalimentarias de EE.UU. están produciendo “semillas empaquetadas” que están diseñadas genéticamente para impedir a los granjeros utilizar las semillas de la planta original. Los royalties que las multinacionales recaudan se ven aumentados por estas nuevas formas de “imperialismo transgénico”, y la homogeneización de la producción que socava la potencial innovación inducida localmente es una consecuencia de las políticas básicas del sistema de libre mercado.

En síntesis, las ganancias acumuladas por las grandes empresas de EE.UU., bancos y empresas financieras, totalizan una extraordinaria acumulación de riqueza cualquiera sea el cálculo que se haga. Quizás, en mayor medida que en cualquier otra época de la historia reciente y que en cualquier otro lugar del mundo, las empresas de EE.UU. han obtenido, con diferencia, la mayor recompensa económica que se pueda obtener de ningún otro poder imperial o que aspire a ser global. Es claro que la mayoría de los beneficios son el producto del sistema de libre mercado, y de la rígida aplicación de políticas que favorecen a las grandes empresas. Dado el deprimente funcionamiento de las economías en su conjunto, el prolongado estancamiento económico, la crisis crónica de la balanza de pagos, y la creciente asignación de los recursos nacionales para satisfacer las obligaciones externas, parece claro que el sistema de Libre Mercado ha hecho poco por el desarrollo de Latinoamérica, y mucho por aumentar las oportunidades de una multitud de grandes empresas estadounidenses de saquear la economía y sociedad latinoamericanas.

Muchas grandes empresas estadounidenses (financieras, industriales,..) extraen la parte más importante de sus ingresos de Latinoamérica: de hecho su viabilidad depende de mantener en funcionamiento esa bomba de succión. El colapso de las economías latinoamericanas, en gran parte inducido por el sistema de libre mercado y el masivo pillaje de su economía por parte de la élite empresarial, bancaria e inversora de EE.UU., y sus socios latinoamericanos, es inminente. El impacto en las principales empresas de EE.UU. será rápido y profundo, amenazando con provocar el mayor *crash* desde 1929.

Reconociendo los peligros para las principales multinacionales de EE.UU., Washington ofreció 30 billones de dólares para evitar el colapso de la economía brasileña. Incluso aquellos fondos hicieron poco por evitar la crisis brasileña, y mucho por financiar a los atemorizados inversores estadounidenses de las principales pérdidas del “papel” que ellos mantuvieron en préstamos, títulos y anotaciones brasileños. El aspecto crucial es que el impacto de la crisis de las economías latinoamericanas tendrá un efecto fundamental en los principales actores económicos, las empresas que van a la cabeza en la economía estadounidense. El gobierno de EE.UU. está preparado para desviar billones de los programas sociales nacionales y de las infraestructuras nacionales deterioradas, apoyando o sosteniendo las estructuras tambaleantes que han engordado las cuentas de los bancos y empresas de EE.UU. Al promover los sistemas de Libre Mercado, Washington no está sólo actuando en beneficio o representación de



los intereses empresariales privados y de Wall Street, está también sosteniendo sistemas o regímenes que han aumentado y favorecido los intereses hegemónicos de EE.UU.

### **LAS GANANCIAS POLÍTICAS DE WASHINGTON**

A nivel general, los sistemas de Libre Mercado latinoamericanos han funcionado como un coro en defensa de las políticas de libre mercado de Washington en el mundo entero. Menem en Argentina, Frei en Chile, Cardoso en Brasil, Fujimori en Perú; la lista es muy larga y, aunque los Presidentes cambian, la retórica del libre mercado continúa. En Latinoamérica, Washington se ha asegurado discípulos ejemplares y socios billonarios interesados, por sí mismos, en promover el programa de Wall Street de privatizar los planes de pensiones, las empresas públicas rentables, y aplicar rigurosamente la redistribución o reconcentración de la renta (ajustes estructurales) sin tener en cuenta la oposición ni los intereses del pueblo.

Al ligar su suerte al vagón de Washington, los regímenes latinoamericanos suministran una coartada o tapadera que legitima las prácticas que claramente favorecen a los principales protagonistas económicos de EE.UU. (y de Europa y Japón). Aunque el funcionamiento actual de las economías de libre mercado no es para alardear sobre las mismas, el “efecto demostración” que tiene sobre las élites de Asia y otros lugares es probablemente significativo. Las inmensas fortunas acopiadas por los socios de Wall Street en Latinoamérica son, probablemente la envidia de muchos especuladores de Asia cada vez más volátiles; igualmente, la capacidad o facilidad para despedir trabajadores en Chile es seguramente la envidia de los fabricantes de transportes surcoreanos.

Latinoamérica sirve como “rampa de lanzamiento” para “globalizar” la ideología y políticas de libre mercado al resto del tercer mundo. Y, no de manera poco significativa, Washington puede contar con los votos de Latinoamérica en el GATT y otros foros económicos internacionales para respaldar o dar apoyo moral a su posición general sobre el libre comercio, incluso aunque tengan diferencias en cuestiones concretas. Los sistemas de libre comercio latinoamericanos, que brindan un alto nivel de colaboración entre su capitalistas transnacionales, estratégicamente situados, y los intereses de las grandes empresas de EE.UU., han asentido o dado el consentimiento en extender el radio de acción de Washington a las instituciones políticas, militares y judiciales de Latinoamérica en un grado sin precedentes. No es una exageración considerar a las naciones latinoamericanas como naciones “semi-soberanas”. En primer lugar, los sistemas de Libre Mercado han aceptado, de hecho, las peticiones de Washington de “extraterritorialidad”. El arresto, transporte, juicio y sentencia, por parte de Washington, del General Noriega fue un ejemplo. Las críticas por no mantener las formas fueron seguidas por un profundo silencio y posterior cooperación al prorrogar las bases militares de EE.UU. en Latinoamérica, y ampliar el papel oficial de la DEA (Agencia de Lucha contra la Droga), CIA y FBI en la vigilancia de las sociedades latinoamericanas. Los regímenes latinoamericanos se han sometido a los procedimientos de “certificación” estadounidenses en lo que respecta al narcotráfico, dando a Washington un papel esencial en la selección y rechazo de altos funcionarios políticos, militares, judiciales y de la policía (lo que no supone, precisamente, una insignificante intromisión y delimitación de la “soberanía nacional”).

Los sistemas de Libre Mercado latinoamericanos han implementado fervorosamente las “Políticas de ajuste” diseñadas en EE.UU. por la vía del control e influencia del Tesoro americano en el Banco Mundial y el FMI. Las características principales de las economías: relación entre la propiedad pública y privada, reglas de comercio,



reglamentación laboral, sistema de precios y subsidios,..., han sido profundamente moldeadas por Wall Street a través de Washington, de tal manera que serían la envidia de los Virreyes españoles.

Las características de la actividad estatal y la reorientación del activismo estatal hacia la promoción de los inversores extranjeros son otro gran plus político de Washington. El Gobierno de EE.UU. se ha asegurado, mediante los acuerdos sobre comercio e inversiones, no sólo la eliminación de las barreras al comercio y a la inversión extranjera, y la protección de los inversores estadounidenses de las posibles nacionalizaciones, sino la aquiescencia por parte de los sistemas de Libre Mercado del “papel clave” que los inversores extranjeros juegan en cualquier esquema de “desarrollo”.

Es como si los regímenes latinoamericanos hubieran asumido el papel de Washington de guardianes de los inversores estadounidenses, con la cláusula añadida de que los contribuyentes latinoamericanos pagan la factura. En términos globales y regionales, los sistemas de libre mercado han contribuido a realizar los fines estratégicos de EE.UU. en el terreno ideológico, económico y militar, mientras que disminuyen todos los obstáculos a la penetración de la cultura estadounidense en el gran público.

Aparte de los beneficios “macropolíticos”, Washington se ha asegurado el apoyo en áreas y cuestiones concretas. Las élites económicas y políticas del libre mercado Latinoamericano se hacen eco de las posiciones de Washington sobre el terrorismo, derechos humanos, y las políticamente definidas como “naciones non gratas”. Por ejemplo, los libres hombres de negocios latinoamericanos nunca se pronuncian sobre cuestiones relativas al terrorismo de estado que dimana de Washington (bombardeo de Afganistán y Sudán, por ejemplo), pero condenan a Serbia en Kosovo. Condenan lo que Washington califica como “criminales de guerra” en Bosnia, pero siguen la indicación de Washington absolviendo a los generales latinoamericanos genocidas de Guatemala, Chile y Argentina. Condenan y boicotean a Libia por el caso Lockerbee, pero se abstienen de condenar la tortura sistemática de palestinos por parte de Israel.

En los conflictos regionales y el “alineamiento de bloques”, los regímenes latinoamericanos es más probable que se posicionen con Washington frente Europa y Japón en cuestiones de comercio, y en cuestiones del Medio Oriente y de seguridad.

Hay también áreas de desacuerdo, concretamente en cuestiones regionales, donde existen un notable sentimiento público e intereses empresariales locales opuestos a las políticas de Washington, y donde Europa respalda “la postura independiente” de los regímenes latinoamericanos. La más notable diferencia entre los regímenes de Libre Mercado latinoamericanos y Washington es en la legislación Helms-Burton que sanciona a las empresas que se relacionan con Cuba. En el comercio cubano los regímenes latinoamericanos son defensores del “libre mercado” más consistentes que sus tutores del norte, cuya política está más “motivada ideológicamente”. Otra cuestión de conflicto es Las Malvinas, donde Washington respalda a Londres contra el suave apoyo de Latinoamérica a Buenos Aires. Lo que estas y otras diferencias nos dicen es que, en las grandes cuestiones que definen la posición hegemónica de Washington, los regímenes de Libre Mercado latinoamericanos son “seguidores de la fuerza hegemónica”. Pero en cuestiones específicas que afectan sensibilidades nacionales concretas y los importantes intereses de sus capitalistas transnacionales, los regímenes de Libre Mercado latinoamericanos han disentido, particularmente, cuando han contado con el apoyo europeo y canadiense.

Claramente, las relaciones entre los sistemas de Libre Mercado latinos y Washington han sido ampliamente favorables a las posiciones hegemónicas de Washington. Los



regímenes latinoamericanos han permitido el acceso sin precedentes por parte de EE.UU. a los recursos naturales, han facilitado la influencia de Washington dentro de sectores claves del gobierno, incluyendo los servicios secretos, el ejército y el poder judicial. Un excelente ejemplo de lo que es un súbdito sometido a la hegemonía americana es el papel que juegan en muchos casos aquellos regímenes latinoamericanos que toman iniciativas en beneficio de los intereses de EE.UU. sin coerción o directivas por parte de Washington. Así, el Presidente Zedillo paga préstamos multibillonarios de dólares a los EE.UU. con antelación a su fecha de vencimiento, a pesar de la enorme dificultad que ello supone para el pueblo mejicano. El Presidente Menem, a menudo, se adelanta a las demandas políticas y económicas de EE.UU., y se apresura a implementarlas antes de que sean planteadas realmente por Washington.

Las décadas de los regímenes latinoamericanos de Libre Mercado han sido claramente el periodo más favorable en este siglo para Wall Street y Washington. Pero ¿qué le ocurre a Latinoamérica bajo la hegemonía de EE.UU.? ¿Quién gana y quién pierde bajo el Nuevo Imperio?

### **LATINOAMÉRICA BAJO LA HEGEMONÍA DE EE.UU.: ¿QUIÉN GANA Y QUIÉN PIERDE?**

El éxito de las instituciones políticas y económicas estadounidenses en Latinoamérica ha tenido un importante impacto socioeconómico en la región. Esencialmente podemos considerar tres hipótesis en relación a los éxitos o logros norteamericanos:

- La hipótesis *ganancia-ganancia* o ganadores en todas partes. En ella, la prosperidad general acompaña la hegemonía de EE.UU. y la implementación de las políticas de libre mercado. Después de un breve periodo de sufrimiento inicial, los grupos de asalariados y propietarios participan de los beneficios y dádivas de las inversiones estadounidenses (inversiones en cartera y adquisiciones de empresas).
- La hipótesis de *suma cero* sugiere que las “ganancias” de EE.UU. se ven acompañadas por pérdidas latinoamericanas. Esta hipótesis argumenta que las transferencias de riqueza a los EE.UU., la explotación de recursos, y las privatizaciones benefician el “centro” y perjudican a la “periferia”. Esto es, que las sociedades hegemónicas están, de hecho, “subdesarrolladas” y sin fuentes autóctonas de acumulación.
- La tercera hipótesis de *ganancia-ganancia-pérdida* sugiere que el éxito de Wall Street permite el enriquecimiento de una “élite minoritaria” crecientemente segmentada, mientras que empobrece a la mayoría.

El sistema de libre mercado no está constreñido rígidamente en regiones “geográficas” determinadas, sino que se describe mejor a través de las alianzas de clase a nivel estatal e interestatal. El concepto de “economía globalizada”, que los apologistas del libre mercado consideran inobjetable e impermeable a las críticas, describe, de hecho, una estructura de clases altamente polarizada a nivel interno en la que los capitalistas transnacionales latinoamericanos comparten los beneficios, las ganancias financieras y las privatizaciones con Wall Street. Sus éxitos son el resultado de una redistribución de la renta, de los gastos del gobierno, los préstamos y créditos a favor de los de arriba, así como de la descapitalización de las empresas y granjas productivas locales, y la caída del empleo y la renta entre los productores asalariados y los campesinos pobres.

Para medir el impacto del éxito de EE.UU. en la sociedad latinoamericana es importante analizar distintos indicadores socioeconómicos:



### **La distribución de la renta**

Los estudios han demostrado consistentemente que la desigualdad entre el 10% de la población con rentas más altas y el 40% con rentas más bajas ha aumentado a lo largo de los 20 años. Si miramos la parte más alta de la pirámide de rentas, encontramos que ha surgido una nueva clase de billonarios super ricos, cuya riqueza y activos económicos exceden ampliamente cualquiera de las fortunas previamente acumuladas por las clases con mayor riqueza. Un vehículo de transformación de los “ricos” (millonarios) en super-ricos” (billonarios) ha sido la privatización de activos rentables a precios de saldo. Después de las ventas, las valoraciones han subido vertiginosamente sin que se produzca ninguna nueva inversión significativa, mientras las privatizaciones han ocasionado despidos masivos, precios más altos, y pagos más bajos por los despidos.

### **El crecimiento de la renta de las diferentes clases (la cuestión del nivel de vida)**

Aunque en su conjunto los niveles de renta pueden haber aumentado en algunos países, los niveles de vida de los asalariados y pequeños productores han disminuido. La subida del desempleo, el crecimiento de la fuerza de trabajo en la economía sumergida, los recortes en los gastos estatales en salud, educación, bienestar y vivienda, implican que los salarios del Tercer Mundo no mantienen un ritmo de crecimiento más o menos paralelo a los precios, como en el primer mundo. La privatización de los servicios sociales significa que una mayor parte de la renta monetaria tiene que ser asignada para pagar lo que previamente era financiado gratuitamente, o a más bajo coste, por los programas públicos de asistencia. La calidad de la educación y de la sanidad pública también se ha deteriorado. Así, aparte de la disminución relativa y absoluta de renta monetaria, la eliminación de los subsidios de los servicios y productos alimenticios, reduce el poder de compra de la clase asalariada y de los pequeños productores.

### **Concentración de la tierra y carencia de tierras**

Con la implementación de la agenda de Libre Mercado la concentración de tierras y la carencia de las mismas han crecido rápidamente. La bajada de las barreras arancelarias ha llevado a abaratar las importaciones de EE.UU., y a la ruina de los pequeños productores de cereales que no pueden competir con las subsidiadas exportaciones de cereales estadounidenses. La promoción de productos para la exportación, y la asignación de los créditos gubernamentales y de asistencia técnica, han provocado la expansión de grandes empresas agrarias y el declive del campesinado. La mecanización y especialización de cultivos han desplazado a los granjeros arrendatarios y a los aparceros, y convertido en obsoletos a los jornaleros agrícolas. La consecuencia ha sido el éxodo acelerado de campesinos desde las zonas rurales a los barrios pobres de las ciudades, y un aumento en el número de campesinos virtualmente sin tierras en el campo. En Brasil, Méjico y Argentina grandes empresas agroalimentarias de EE.UU. han financiado la producción a gran escala, así como contratado productores latinoamericanos, dando lugar a una mayor especialización y concentración de la propiedad. Como resultado, la producción alimenticia latinoamericana ha disminuido, y las importaciones de alimentos han subido vertiginosamente. Mientras tanto, los campesinos, relegados a las tierras marginales, subsisten a duras penas. Otros, incapaces de pagar aquellos productos alimenticios básicos a los que se les ha quitado el subsidio, están de forma creciente sufriendo hambre o malnutrición. El Libre Mercado, al provocar la crisis de la agricultura, ha sido un factor importante en la generación de una nueva ola de militancia campesina, y en el aumento de la producción de coca y otros cultivos ilícitos.





### **Autosuficiencia alimentaria**

Latinoamérica no tiene alimentos suficientes. La región ha llegado a ser dependiente alimentariamente incluso cuando aumenta sus exportaciones agrarias. Esto es el resultado directo de las políticas de Libre Mercado que favorecen las importaciones de alimentos estadounidenses, y a las élites de las empresas agroalimentarias de EE.UU. y Latinoamérica que se especializan en productos de exportación. Los campesinos productores, y los granjeros pequeños y medianos eran los principales productores de artículos de primera necesidad (maíz, arroz, frijoles,...) para el consumo local. Como las políticas comerciales y de crédito del Libre Mercado han beneficiado a los productores especializados y arruinado a los pequeños productores, Latinoamérica se ha convertido en un importador neto de alimentos, un importador que no puede suministrar alimentos a precios asequibles a su población rural y urbana.

### **El empleo: formal e informal**

Directa e indirectamente el sistema de Libre Mercado ha tenido un impacto importante en el mercado de trabajo. El cambio más espectacular ha sido el crecimiento de la fuerza de trabajo “informal”; es decir, el crecimiento del empleo inestable con baja remuneración y al margen de la normativa laboral. En muchos países latinoamericanos la “fuerza de trabajo informal” es mayoritaria y los trabajadores “formales” una minoría perfectamente distinguible. En muchos casos, el crecimiento del “trabajo informal” es fruto de la subcontratación de la producción a los grandes fabricantes por parte de los pequeños productores locales, que de paso distribuyen ese trabajo a otros empleados que producen en familia.

El crecimiento y proliferación del empleo “informal” es una forma encubierta de desempleo. El sistema de Libre Mercado ha provocado el despido masivo de trabajadores de las empresas privatizadas, y de empleados públicos debido a los recortes en los gastos estatales especialmente en los servicios sociales. El resultado es un amplio conjunto de trabajadores que ejercen presiones a la baja en los salarios y que aumentan la rotación de los trabajadores con contratos temporales mal pagados. El anverso de esta situación es un tremendo aumento del poder de los empleadores e inversores extranjeros que tienen capacidad para reducir los costes laborales aumentando las ganancias de los inversores.

### **Especialización, estrategias exportadoras y vulnerabilidad**

El sistema de Libre Mercado ha reestructurado las economías latinoamericanas fomentando la especialización y las exportaciones frente a la diversificación de la economía y el desarrollo del mercado nacional. El resultado es la desarticulación de las redes internas de transportes, infraestructuras e intercambios de bienes, y la “modernización” de enclaves y redes de distribución ligadas a los mercados exteriores. La especialización en limitados productos de exportación significa una mayor vulnerabilidad a las fluctuaciones de precios, lo que de paso provoca unos ingresos gubernamentales inestables que están conduciendo a la incertidumbre en la inversión, y a restricciones a largo plazo en las inversiones de capital público y privado. La dependencia de los mercados exportadores, en un mundo de “exportadores”, provoca un exceso de productores en un mundo de escasos consumidores, y una sobreacumulación de capital en un mundo de, cada vez más, débiles oportunidades de inversión. El *crash* de los importantes mercados de exportación en Asia, Rusia y cada vez más sitios, ha presionado para que sectores latinoamericanos se adentren en la crisis. Los desequilibrios entre el mercado nacional y los sectores exportadores debilitan la capacidad del estado de relanzar la economía, a no ser que cambie la estructura básica de la misma. La desarticulación del mercado nacional significa tanto la ruina de los



productores agrarios locales como que los ingresos de las exportaciones no alcanzan a cubrir las importaciones de alimentos. La especialización en las exportaciones, y la reducción de las barreras arancelarias llevaron a la bancarrota a muchos fabricantes locales que eran capaces de sustituir con productos locales las inaccesibles importaciones extranjeras, situadas lejos del alcance de los consumidores locales. Asimismo, la estrecha integración del estado con el capital transnacional debilitó su capacidad para reconstruir una economía que pudiera satisfacer la producción nacional y los mercados locales.

Los “desequilibrios” originados por la especialización de las exportaciones no sólo han sido perjudiciales económicamente, sino que han comprometido seriamente la capacidad del estado para combatir las crisis que se puedan producir en las naciones latinoamericanas.

### **Auge y quiebra de las finanzas**

Latinoamérica nunca experimentó un boom económico real bajo la égida del sistema de Libre Mercado. Una significativa expansión tuvo lugar en los especializados sectores mineros, en los mercados de valores, y en los lugares donde existían cadenas de montaje, pero ninguna de ellas acarreó importantes innovaciones y nuevas líneas de producción capaces de sostener el crecimiento.

El boom en los denominados “mercados emergentes” fue en gran parte el resultado de flujos a gran escala de inversiones en cartera que inflaron artificialmente el valor monetario de las acciones por encima de su capacidad para generar ganancias. La privatización encaminó al capital extranjero y nacional a la compra de las empresas ya establecidas, no a añadir nueva capacidad productiva, mientras los regímenes usaban los ingresos obtenidos por la venta de las empresas públicas para pagar a los acreedores extranjeros. El efecto neto que se produjo fueron cambios en los títulos de propiedad, pero poco crecimiento real de las fuerzas productivas, y la pérdida de futuros ingresos públicos. El problema clave en la transferencia de propiedad, desde la propiedad nacional a la extranjera y desde lo público a lo privado, ha sido la pérdida de control de resortes estratégicos de la economía. Las decisiones para reinvertir las ganancias, al expandirse la producción local, están ahora basadas en una comparación con las tasas de ganancia internacionales, no en consideraciones locales de empleo, ahorro de divisas o en profundizar las interrelaciones y vertebración de la economía nacional. Asimismo, la privatización impide la toma de decisiones clave sobre financiación de la investigación y el desarrollo tecnológico, nuevas líneas de productos y nuevas estrategias de comercialización, trasladando dicha toma de decisiones lejos del alcance de los *policy makers* nacionales, y muy cerca de los consejos de administración de compañías extranjeras.

En suma, el Libre Mercado crea a corto plazo ganancias inesperadas, y a largo plazo debilidad estructural; esto es, entradas de capital a gran escala, y salidas rápidas. Es precisamente cuando se necesita nuevo capital para suplir los déficit de reservas y de ingresos de divisas, etc., cuando el capital extranjero vuela respondiendo a lo que los inversores extranjeros consideran “señales negativas del mercado”, de esta forma, repentinamente, exacerbaban la debilidad estructural subyacente.

La fuga del capital nacional, que acompaña la desregulación del Libre Mercado, ha aumentado la necesidad de préstamos extranjeros por parte de los regímenes latinoamericanos. El ratio deuda/exportaciones tiende a subir con el aumento del *gap* entre los gastos por importación y los ingresos por exportación. El resultado de ello son nuevas presiones sobre el sistema para pedir prestado o despojarse de otros activos nacionales para atraer nuevos flujos de capital extranjero a corto plazo. Para asegurar la



financiación exterior, los tipos de interés se elevan a niveles a los que los productores locales no pueden pedir prestado, y son incapaces de sostener la producción, mientras los consumidores no pueden adquirir créditos y la economía se estanca.

La contradicción central es ésta: las condiciones necesarias para atraer del exterior grandes flujos de capital en cartera (los altos tipos de interés) son precisamente las condiciones que generan el estancamiento nacional. Un fenómeno que ha llegado a ser generalizado en Brasil desde mediados de los 90 y que se extiende a lo largo del resto del continente.

Como consecuencia del declive de la inversión nacional pública y privada se produce el estancamiento de los mercados nacionales, el deterioro de la infraestructura social pública (instalaciones educativas y sanitarias), así como de la infraestructura física. El resultado es una incidencia creciente de enfermedades contagiosas como el cólera y la fiebre amarilla, y el crecimiento del analfabetismo funcional.

El aumento de los pagos de la deuda que acompañan el crecimiento de los préstamos, sugiere fuertemente que la mayoría de los nuevos créditos, préstamos e inversiones, no son productivos o coste eficientes; es decir, no son capaces de generar las rentas e ingresos suficientes para cubrir los nuevos costes del pago del principal y los intereses. Por tanto, los préstamos y créditos que se suponen son para sacar a Latinoamérica del estancamiento y la deuda, sirven en su lugar para suministrar de nuevo a los inversores extranjeros la privatización de más empresas rentables, y el pago de intereses más altos a los especuladores. Los aumentos en la deuda están inversamente relacionados al crecimiento (un círculo de desarrollo perverso, no virtuoso). Mirado desde el ángulo del desarrollo nacional, el crecimiento a corto plazo de los sectores especializados (los que tienen mayores flujos de capital de cartera), y el crecimiento de ciertos sectores exportadores no compensan o garantizan el crecimiento agregado y sostenido de la economía nacional: grandes sectores de la economía nacional están en declive, una mayoría de la fuerza de trabajo está subutilizada (ocupada en trabajos de baja productividad), la investigación innovadora ha sido exterminada, la economía sigue el patrón de las crisis: crecimiento y después colapso. Hay poco que hablar en términos de una estrategia de desarrollo del sistema de Libre Mercado. Hay un gran negocio que considerar en términos de reconcentración de la riqueza, del poder y los títulos valores.

### **La estructura de la toma de decisiones**

El sistema de Libre mercado ha llevado a un agudo deterioro de la capacidad de tomar decisiones por parte de los representantes nacionales elegidos. Las decisiones más significativas que afectan a las relaciones entre la propiedad pública y privada, los salarios, precios, inversiones, gastos e ingresos son forjadas o configuradas por los protagonistas extranjeros que se ocultan o refugian en las instituciones financieras internacionales. Ellos son seleccionados por funcionarios del Tesoro del gobierno de EE.UU. y responden a las necesidades e intereses de las grandes compañías y empresas estadounidenses. Los nuevos reguladores que determinan o fijan las reglas comerciales y de inversión son los funcionarios no elegidos de los bancos centrales nacionales, los ministros de finanzas y sus asesores, y los consejeros que forman las IFIs. Las decisiones tomadas nunca son el resultado de la consulta y el debate con el gran público antes, durante o después de las elecciones. Por el contrario, las decisiones son deliberadamente tomadas para evitar la consulta y el debate público porque está claro para todo el mundo que ellas perjudican a la mayoría y benefician a las élites muy ricas. Las decisiones básicas, quienes las toman, y la manera en que son tomadas, revelan la naturaleza profundamente autoritaria y despótica del sistema de Libre Mercado. El hecho de que las decisiones estén basadas en una gran disparidad de ganancias y



pérdidas entre las élites nacionales y extranjeras, por una parte, y la gran mayoría de latinoamericanos, por otra, explica la centralidad del comportamiento autoritario dentro de los sistemas de Libre Mercado.

### **CONCLUSIÓN: HACIA UNA TEORÍA DE LAS RELACIONES LATINOAMERICANAS-ESTADOUNIDENSES**

El desafío al estudiar (y cambiar) las relaciones EE.UU.-Latinoamérica consiste en comprender teóricamente la divergencia fundamental de beneficios e intereses que están incrustados en los sistemas de libre mercado. El reciente entramado conceptual, que destaca la “interdependencia”, fracasa totalmente a la hora de captar la tremenda disparidad de los beneficios y pérdidas, así como las relaciones de poder que las rodean. Otros han señalado, más recientemente, el concepto de relaciones hegemónicas destacando la difusión y asimilación de la ideología neoliberal dominante. Aunque la hegemonía explica en parte el comportamiento de las élites políticas en Latinoamérica, este enfoque fracasa cuando intenta explicar el uso pasado y presente de la fuerza e intervención abierta y encubierta de EEUU para imponer los regímenes iniciales que de hecho establecieron los parámetros políticos de los contemporáneos sistemas político-económicos de libre mercado. Además, la “hegemonía” puede hacer referencia más al comportamiento de las élites político-económicas latinoamericanas que se han beneficiado de las políticas y, por tanto, no tienen ninguna necesidad de ser “influenciadas”. En este aspecto, hay numerosas indicaciones de que la ideología de libre mercado (la expresión de la hegemonía de EE.UU.) no se extiende muy por debajo de las clases medias, al menos en Latinoamérica. A la luz de las huelgas generales de masas, las ocupaciones de tierras y otras formas de oposición popular a las políticas claves de libre mercado, es probable que la “hegemonía” sea algo específico y de aplicación temporal concreta y particular.

Aún más general y penetrante es el uso del término “globalización” para describir las actuales relaciones EE.UU.-Latinoamérica. El problema con este concepto es que fracasa al reconocer que los bancos y grandes corporaciones tienen su origen y están asentados en EE.UU., protegidos por Washington y nutridos por los funcionarios del departamento del Tesoro en las IFIs. Aunque estas grandes empresas también funcionan en muchos países, tienen el cuartel general en EE.UU., donde la mayoría de sus Jefes Ejecutivos toman las decisiones, obtienen sus salarios y distribuyen los beneficios. La interconexión entre Washington y Wall Street difícilmente de crédito, por sí misma, a la noción de “aldea global” y otras pintorescas pero irrelevantes metáforas.

Las divergencias en los beneficios y pérdidas en las relaciones entre EE.UU. y Latinoamérica no pueden ser comprendidas por vacuos conceptos como “centro” o “periferia”, que se abstraen de las relaciones de clases entre las naciones, y no explican la integración de los capitalistas transnacionales latinoamericanos en el sistema de libre mercado dentro de Latinoamérica, y en las redes internacionales de acumulación de riqueza.

Los distintos intereses y beneficios pueden ser comprendidos dentro de un paradigma teórico que explica porqué y cuándo los intereses de los bancos y empresas de EE.UU. ganan, y las clases productoras, trabajadoras y campesinas latinoamericanas pierden. En este sentido, la teoría del imperialismo tiene varias ventajas. Primero, permite tener en cuenta las raíces históricas de las relaciones contemporáneas. Segundo, se cimienta alrededor del concepto clave de relaciones de clases y estados, y de la relación entre trabajo y capital, lo que permite centrarnos en las relaciones de explotación, así como en la dominación nacional. En tercer lugar, suministra una comprensión de la fuerza que



dirige la expansión extranjera: la actividad maximizadora del beneficio de los bancos prestamistas y las empresas. En cuarto lugar, suministra una comprensión de cuál es la “nación-estado” base de la dominación y, por ello, de la explotación. En quinto lugar, el imperialismo suministra una estructura para comprender la diferenciación de clases y la explotación que provoca las distintas “pérdidas y ganancias”. Además, nos permite comprender el papel sistemático del estado imperial en promover, expandir, consolidar y defender los intereses de las grandes compañías multinacionales que funcionan en Latinoamérica. La teoría del imperialismo nos suministra, en definitiva, una comprensión del papel colaborador de los estados y clases transnacionales latinoamericanas al identificar los intereses económicos comunes y su modo de asociación.

La “hegemonía” puede comprenderse mejor como un producto de la fase específica del imperialismo en la que con golpes sangrientos se deshicieron de los adversarios, los políticos locales fueron cooptados o asimilados al asumir las ideas dominantes, y los intelectuales institucionales u orgánicos difunden las ideas estipuladas o decretadas por los poderes dominantes. En resumen, la fuerza imperial precede a la persuasión posterior desde la hegemonía.

El concepto de imperialismo es extremadamente útil para comprender la naturaleza de las “transiciones” desde la administración militar y el talante autoritario de los sistemas electorales de libre mercado. La democracia latinoamericana bajo el imperialismo de EE.UU. ha sido desde el comienzo un asunto de las élites: la misma transición fue marcada por negociaciones relativas a las élites que realmente mantuvieron el *status quo* de la era militar. Además, el propio funcionamiento, estructura y restricciones de la democracia latinoamericana han sido profundamente influidos por las relaciones que hay entre las instituciones autoritarias y elitistas en Latinoamérica (ejército y grupos empresariales y financieros locales) y sus equivalentes en EE.UU. Washington ha defendido regularmente la impunidad de los exdictadores militares que cometieron flagrantes abusos de los derechos humanos (para resguardar a los defensores estratégicos de los sistemas de libre mercado).

La forma y el contenido de la influencia política y económica de EE.UU. en Latinoamérica se realiza, en gran medida, a través de las negociaciones a puerta cerrada que llevan a cabo las élites con representantes o funcionarios no elegidos democráticamente, pero que son de la absoluta confianza de Washington y Wall Street. Las decisiones a las que llegan son frecuentemente “legalizadas” mediante decretos, un procedimiento autoritario muy aplaudido por Washington y los medios de comunicación estadounidenses como “actos de coraje” frente a su masiva desaprobación o rechazo. El autoritarismo, en la forma y el contenido, que caracteriza la democracia latinoamericana, es en gran parte producto de las conexiones de los intereses imperialistas que definen las relaciones Latinoamericanas-EE.UU. Por tanto, referirse a la “continuación del legado autoritario en las actuales democracias latinoamericanas” requeriría una explicación de la matriz imperial que sostiene los centros modernos del poder autoritario.

Las élites políticas que administran las democracias latinoamericanas lo hacen bajo las “restricciones” de acomodar a los capitalistas transnacionales latinoamericanos (que definen lo que es el capitalismo hoy) a la multiplicidad de los intereses estadounidenses que abarcan y dominan los sectores claves del sistema político y económico. Éstas excluyen al pueblo y a la mayoría del electorado en la representación de las áreas que son de su interés, y, lo que es más importante aún, de cualquier legislación y consulta significativa.



En suma, el imperialismo mantiene las formas pero vacía el contenido de la democracia. La democracia bajo el imperialismo es en gran medida hablar para el pueblo y trabajar para los ricos, especialmente los ricos del exterior. Las relaciones imperiales entre EE.UU. y Latinoamérica están preñadas de crisis. La extraordinaria volatilidad de los flujos de capital en ambas direcciones, el saqueo sin precedentes de la economía, y las enormes concentraciones de riqueza, han socavado los fundamentos para un crecimiento capitalista sostenido, y creado la base para una crisis severa. La base de apoyo a los extraordinarios beneficios para los intereses EE.UU. se ha estrechado: pocos recursos públicos quedan por ser explotados, los erarios públicos se han vaciado para pagar los cada vez más onerosos pagos de la deuda, las reducciones en los gastos sociales para incentivar a los inversionistas han sido ya reducidos hasta llegar a sus límites. El sistema regulador de libre mercado ha destruido el mercado nacional, socavado las infraestructuras materiales, y llevado a la bancarrota a los productores locales. La capacidad para importar es cada día más restringida por la desequilibrada estructura de ingresos de la demanda. El más mínimo pánico financiero puede hacer que los inversionistas extranjeros, la sangre vital del sistema, salga en estampida. La precariedad del sistema de “Libre Mercado” en su conjunto es tanta, que el edificio entero depende de inyecciones grandes, y cada vez más grandes, de préstamos estatales, y de la incierta confianza de los prestamistas financieros.

Dada la importancia económica de Latinoamérica para las compañías multinacionales y bancos claves, el colapso de Brasil, Méjico, Argentina y Venezuela producirá una crisis de consecuencias imprevisibles. De la misma forma que los sectores claves de la élite económica de EE.UU. (y su Balanza de Pagos) han dado por hecho y asumido las grandes ganancias latinoamericanas: beneficios, pagos de intereses, etc., éstas tienen su lado negativo en las duras consecuencias y pérdidas que un colapso ocasionará en Wall Street.

El imperialismo y la diferencia en las ganancias y pérdidas han generado movimientos sociopolíticos a gran escala a lo largo del continente. Su alcance y detalle varía de país a país. Desde los masivos movimientos de trabajadores sin tierras en Brasil a los 15.000 miembros de la guerrilla en Colombia y otros muchos movimientos.

El imperialismo no sólo produce ganadores y perdedores sino que la subyacente explotación que origina esos intereses divergentes, también provoca resistencia, rebelión y quizás un nuevo ciclo de revoluciones. ■